

como á un hombre de talento; pero el público, juzgando siempre por los resultados, hizo de Birotteau un hombre superior, comercialmente hablando, hasta el punto de que el prospecto de ridícula fraseología, redactado por él mismo, fué un elemento de éxito: en Francia no se hace burla sino de las cosas y de los hombres que preocupan, y nadie se preocupa de lo que no tiene éxito. Aunque Birotteau no había pretendido poner en juego su simpatía, las gentes le atribuyeron talento de aparentarla para llamar la atención. Se ha encontrado, no sin trabajo, un ejemplar de este prospecto en casa de Popinot y Compañía, almacenistas de drogas de la calle de los Lombardos. Este papel curioso está comprendido en el número de aquellos que, en un círculo más elevado, los historiadores llaman *documentos justificativos*. Dice así:

DOBLE PASTA DE LAS SULTANAS Y AGUA CARMINATIVA

DE

CÉSAR BIROTTEAU

DESCUBRIMIENTO MARAVILLOSO

APROBADO POR LA ACADEMIA DE CIENCIAS

Hace mucho tiempo que una pasta para las manos y un agua para el rostro, dando un resultado superior al obtenido por el agua de Colonia en el tocado, eran generalmente deseados en Europa. Después de haber consagrado largas vigili-
as al estudio de la dermis y de la epidermis en los dos

sexos, que uno y otro dan con razón mucha importancia á la dulzura, á la suavidad, á la brillantez, al aterciopelado de la piel, el señor Birotteau, perfumista ventajosamente conocido en la capital y en el extranjero, ha descubierto una pasta y un agua justamente calificadas, desde su aparición, de maravillosas entre los elegantes y las ilustres damas de Paris. En efecto, esta pasta y esta agua poseen sorprendentes propiedades para obrar sobre la piel sin arrugarla prematuramente, como lo hacen las drogas empleadas con exceso hasta aquí, é inventadas por ignorantes codicias. Este descubrimiento se funda en la diversidad de temperamentos, divididos en dos clases, indicadas por el color de la pasta y del agua, las cuales son rosadas para el cutis y la epidermis de las personas de constitución linfática, y blancas para aquellas personas que gozan de un temperamento sanguíneo,

La pasta lleva el nombre de *pasta de las sultanas*, porque ya fué descubierta para el serrallo por un médico árabe. Ha sido aprobada por la Academia de ciencias, mediante el dictamen de nuestro ilustre químico Vauquelin; lo mismo podríamos decir del agua, que se compone de los mismos principios que han entrado en la preparación de la pasta.

Esta preciosa pasta, que exhala los más suaves perfumes, hace, pues, desaparecer las pecas más rebeldes, blanquea las epidermis más recalcitrantes, y suprime el sudor de las manos, del cual se lamentan las mujeres no menos que los hombres.

El *agua carminativa* quita esos ligeros granos que en ciertos momentos aparecen de pronto en el cutis de las mujeres, contrariando sus proyectos para el baile; refresca y reaviva los colores, abriendo ó cerrando los poros, según las exigencias del temperamento; es tan conocida ya por contrarrestar los deterioros del tiempo, que muchas señoras la han llamado por agradecimiento *la amiga de la belleza*.

El agua de Colonia es pura y simplemente un perfume vulgar, sin eficacia especial, mientras que la *doble pasta de*

las sultanas y el *agua carminativa* son dos composiciones que obran con potencia motriz, influyendo sin peligro sobre las cualidades internas secundándolas; sus aromas, esencialmente balsámicos y agradables, alegran el corazón y la cabeza perfectamente, sugieren ideas y las despiertan; son tan admirables por su mérito como por su sencillez; en fin, es un atractivo más ofrecido á las mujeres, y un medio de seducción que los hombres pueden adquirir.

El uso diario del agua disipa el escozor ocasionado por la navaja de afeitar, preserva de igual modo los labios de las grietas y los mantiene encarnados; destruye, naturalmente con el tiempo, las pecas, y acaba por tonificar la carne. Estos efectos anuncian siempre en el hombre un equilibrio perfecto de los humores, lo que tiende á librar á las personas víctimas de la jaqueca de los efectos que produce tan horrible enfermedad. En fin, el *agua carminativa*, que puede ser empleada por las mujeres en todos sus lavatorios y abluciones, evita las enfermedades cutáneas, no impidiendo la traspiración de los tejidos y comunicándoles desde luego un aterciopelado persistente.

Dirigirse, franco de porte, al señor César Birotteau, sucesor de Ragon, antiguo perfumista de la reina María Antonieta. *La Reina de las Rosas*, calle de San Honorato, cerca de la plaza de Vendôme, París.

El precio de la pasta es de tres francos, y el de la botella de agua, seis.

El señor César Birotteau, para evitar falsificaciones, advierte al público que la pasta está envuelta en un papel que lleva su firma, y que las botellas llevan un sello en el cristal.

El éxito fué debido, sin que César lo notase, á Constanza, que le aconsejó que enviase el *agua carminativa* y la *pasta de las sultanas* en cajas á todos los perfumistas de Francia y del extranjero, ofreciéndoles una ganancia de treinta por ciento si

querían tomar estos dos artículos por *gruesas*. La pasta y el agua no valían más en realidad que los cosméticos análogos y seducían á los ignorantes por la distinción establecida entre los temperamentos: los quinientos perfumistas de Francia, excitados por la ganancia, compraron anualmente en casa de Birotteau más de trescientas gruesas cada uno de pasta y de agua, consumo que le produjo beneficios pequeños en cuanto al artículo, enormes por la cantidad. César pudo entonces comprar las casuchas y los terrenos del arrabal del Temple, construyó allí grandes fábricas y decoró magníficamente su almacén de *la Reina de las Rosas*. El matrimonio experimentó las íntimas dichas del bienestar, y su mujer vivía menos recelosa.

En 1810, la mujer de César previó un alza en los alquileres é indujo á su marido á hacerse el principal inquilino de la casa, cuya tienda y entresuelo ocupaban, y á poner su habitación en el primer piso. Una circunstancia feliz decidió á Constanza á no apurarse, viendo las locuras que Birotteau hacía por ella en el decorado de su habitación. El perfumista acababa de ser elegido juez del tribunal de comercio. Su honradez, su delicadeza reconocida y la consideración de que gozaba le valieron este honor que le colocó desde entonces entre los más notables comerciantes de París. Para aumentar sus conocimientos, se levantaba á las cinco de la mañana, leía los códigos y los libros que trataban de los litigios comerciales. Su amor á lo justo, su rectitud, su buena voluntad, cualidades esenciales en la

apreciación de las dificultades sometidas á las sentencias consulares, hicieron de él uno de los jueces más estimados. Sus defectos contribuyeron también á su reputación. Conociendo su inferioridad, César subordinaba muy gustoso sus opiniones á las de sus colegas lisonjeados de ser tan atentamente oídos por él: unos buscaron la silenciosa aprobación de un hombre reputado por sesudo y reflexivo; otros, encantados de su modestia y de su dulzura, le elogiaban. Los litigantes alababan su benevolencia, su espíritu conciliador, y fué muchas veces árbitro para litigios en los que su buen juicio le sugería una justicia de cadí. Durante todo el tiempo que desempeñó sus funciones, supo usar un lenguaje lleno de lugares comunes, sembrado de axiomas y de cálculos traducidos en frases redondeadas que, dulcemente dichas, sonaban á los oídos de las gentes superficiales como elocuentes. Agradó así á esa mayoría naturalmente de mediano entendimiento, condenada á perpetuidad á los trabajos y á las negociaciones vulgares. César perdió tanto tiempo en el tribunal que su mujer le hizo dimitir para siempre aquel fatigoso honor. Hacia 1813, gracias á su constante unión, y después de haber sobrellevado vulgarmente su vida, el matrimonio vió comenzar una época de prosperidad que al parecer nada podía ya interrumpir. Los señores Ragon, sus predecesores, su tío Pillereault, Roguin el notario, los Matifat, almacenistas de drogas en la calle de los Lombardos, proveedores de *la Reina de las Rosas*; José Lebas, comerciante de paños, suce-

sor de Guillaume en el *Gato que pelotea*, una de las lumbreras de la calle de Saint-Denis; el juez Popinot, hermano de la señora Ragon; Chiffreville, de la casa Protez y Chiffreville; la señora y el señor Cochin, empleado en el Tesoro y socio de Matifat; el cura Loraux, confesor y director de las gentes religiosas de esta camarilla, y algunas otras personas, componían el círculo de sus amigos. Á pesar de las ideas monárquicas de Birotteau, la opinión pública estaba de su parte, juzgándole rico, aunque no poseía más que cien mil francos, además de su establecimiento. La regularidad de sus negocios, su exactitud, su costumbre de no deber nada, de no descontar nunca sus letras y de tomar en cambio valores firmes á aquellos á quienes podía ser útil su oficiosidad, le proporcionaron un crédito enorme. Había, por otra parte, ganado realmente mucho dinero, pero sus construcciones y sus fábricas le habían costado bastante. Además, su casa le representaba cerca de veinte mil francos de gasto anual. Por último, la educación de Cesarina, hija única idolatrada por Constanza tanto como por él, exigía grandes gastos. Ni el marido ni la mujer economizaban el dinero cuando se trataba de proporcionar el menor gusto á su hija, de la cual no habían querido separarse. ¡Imaginaos los goces del pobre labriego encumbrado, cuando oía á su encantadora Cesarina ensayando en el piano una sonata de Steibelt, ó cantando una romanza, cuando la veía escribir correctamente, cuando la contemplaba leyéndole á Racine, explicándole sus bellezas,

dibujando un paisaje ó pintando una figura! ¡Qué felicidad para él tener una hija, una flor tan bella, tan pura, que no había abandonado aún el regazo maternal, un ángel, en fin, cuyas nacientes gracias, cuyos primeros desarrollos habían sido apasionadamente observados! Hija única, incapaz de despreciar á su padre ó de burlarse de su falta de estudios, era verdaderamente *una niña*. Al llegar á París, César sabía leer, escribir y las reglas aritméticas, pero su instrucción no pasaba de ahí; su vida laboriosa le había impedido adquirir ideas y conocimientos ajenos al comercio de la perfumería. En trato constante con gentes para quienes las ciencias y las letras eran indiferentes y cuya instrucción se limitaba á ciertas especialidades, no teniendo tiempo para dedicarse á estudios superiores, el perfumista llegó á ser un hombre práctico. Adoptó forzosamente el lenguaje, los errores, las opiniones del burgués de París que admira á Molière, á Voltaire y á Rousseau bajo palabra, que compra sus obras sin leerlas, que sostiene que se debe decir *ormorio*, porque las mujeres encerraban en esos muebles su oro y sus ropas en otro tiempo, casi siempre de moaré, y que han dicho por corrupción *armario*. Potier, Talma y la señorita Mars eran diez veces millonarios y no vivían como los demás seres humanos: el gran trágico comía carne cruda, la señorita Mars hacía alguna vez guisar perlas, para imitar á una célebre actriz egipcia. El emperador tenía en sus chalecos bolsillos forrados de cuero para poder tomar el tabaco á puñados, montado en

su caballo y á galope tendido, subía la escalera de los naranjos en Versalles. Los escritores, los artistas morían en el hospital á consecuencia de sus extravagancias; eran todos ateos; y convenía guardarse bien de recibirlos en su casa. José Lebas contaba con espanto la historia del matrimonio de su cuñada Agustina con el pintor Sommervieux. Los astrónomos se alimentaban con telas de araña. Estas opiniones luminosas y sus conocimientos del idioma, de arte dramático, de política, de literatura, de ciencias, explican el alcance de aquellos cerebros burgueses. Un poeta que pase por la calle de los Lombardos puede, sintiendo en ella algunos perfumes, soñar en el Asia. Imagina el revoloteo de las bailadoras, respirando perfumes de petiveria. Deslumbrado por el brillo de la cochinilla, descubre allí los poemas brahamánicos, las religiones y sus castas. Tropezando contra el marfil natural, monta sobre el cuello de los elefantes en una jaula de muselina y enamora como el rey de Lahore. Pero el modesto comerciante no sabe de dónde vienen y dónde se producen los artículos con los cuales negocia. Birotteau, perfumista, no sabía una jota de historia natural ni de química. Teniendo á Vauquelin como un gran hombre, le consideraba como una excepción, era del temple de un droguista retirado que resumía así una discusión sobre la manera de traer el te: « *El te no viene más que de dos maneras, por la CARAVANA ó por el HAVRE.* » Según Birotteau, el acíbar y el opio no se encontraban sino en la calle de los Lom

bardos. El agua de rosas supuesta de Constantinopla se fabricaba, como el agua de Colonia, en París. Estos nombres de lugares eran embustes inventados para agradar á los franceses que no toleraban los productos de su país. Un comerciante francés debía suponer que su invento era inglés, á fin de ponerlo en boga, como en Inglaterra un droguita atribuye lo suyo á Francia. Sin embargo, César no llegaba á ser nunca enteramente bobo ni tonto: su honradez, su bondad, arrojaban sobre los actos de su vida un reflejo que los hacía respetables, porque una buena acción dispensa todas las ignorancias posibles. Sus constantes éxitos acreditaron su importancia. En París el triunfo es la prueba del poder. Habiendo comprendido á César durante los tres primeros años de su matrimonio, su mujer fué víctima de continuas zozobras; representaba en esta unión la parte sagaz y previsor, la duda, la oposición, el temor, como César representaba la audacia, la ambición, la energía, el acierto. Pero á pesar de las apariencias, era medroso el comerciante, mientras que su mujer tenía, en realidad, paciencia y valor. Así, pues, un hombre pusilánime, mediocre, sin instrucción, sin ideas, sin conocimientos, sin carácter, sin condiciones para prosperar en el comercio más resbaladizo del mundo, llegó, por su comportamiento, por su justicia, por la bondad de su alma verdaderamente cristiana, por el amor hacia la única mujer que había gozado, á figurar como un hombre notable, valeroso y lleno de resolución. El pú-

blico no veía más que los resultados. Excepto Pillereault y el juez Popinot, las personas de su trato sólo conocían á César superficialmente y no podían juzgarle. Además, los veinte ó treinta amigos que se reunían decían todos las mismas tonterías, repetían los mismos lugares comunes, se reputaban todos como gentes superiores en su profesión. Las mujeres se afanaban por fiestas y lujos; cada una había dicho todo lo que tenía que decir pronunciando una palabra despreciativa para su marido. La señora Birotteau era la única que tenía el buen sentido de hablar en público del suyo con entusiasmo y respeto; veía en él al hombre que, á pesar de sus ocultas incapacidades, había ganado su fortuna, y con el cual ella compartía las atenciones que se le guardaban. Solamente alguna vez se hacía una pregunta: si todos los hombres tenidos por superiores eran como su marido. Esta conducta contribuía no poco á mantener la estimación respetuosa concedida al comerciante en un país donde las mujeres acostumbran á desprestigiar á sus maridos y quejarse de ellos.

Los primeros días del año 1814, tan fatal para la Francia imperial, fueron señalados en casa de los Birotteau por dos acontecimientos de ninguna importancia en cualquier otro matrimonio, pero de condición propicia para impresionar á seres tan cándidos como César y su mujer que, al dirigir la vista sobre su pasado, sólo encontraban emociones dulces. Habían tomado para dependiente principal á un joven de veintidós años llamado Fer-

nando de Tillet. Este muchacho, que salía de una casa de perfumería cuyos dueños se negaron á interesarle en los beneficios, y que pasaba por un genio, hizo todo lo posible para entrar en *la Reina de las Rosas*, cuyo personal, poderío y costumbres interiores conocía. Birotteau lo admitió, dándole mil francos de sueldo, con intención de hacerle su sucesor. Fernando ejerció sobre los destinos de esta familia tanta influencia, que es necesario decir de él algunas palabras. Al principio se llamaba simplemente Fernando, sin apellido. Este anónimo le pareció un inmenso adelanto en el momento en que Napoleón apuraba á las familias buscando en ellas soldados. Fernando había nacido por obra de algún cruel y voluptuoso capricho. He aquí las pocas noticias adquiridas sobre su estado civil. En 1793, una pobre muchacha de Tillet, pueblecillo situado cerca de los Andelys, dió á luz una noche en el jardín de la parroquia, y después de llamar en los cristales para que vieran á la criatura, se arrojó al río. El buen sacerdote recogió al niño, lo bautizó con el nombre del santo de aquel día, lo alimentó y lo educó como si fuese hijo suyo. El cura murió en 1804, sin dejar una herencia bastante para seguir la educación empezada. Fernando, abandonado en París, llevó una existencia de perdido, cuyas fechorías podían llevarle al cadalso ó á la fortuna, á los tribunales, al ejército, al comercio, al servicio doméstico. Obligado á vivir como un verdadero Figaro, se hizo viajante, después dependiente de una perfumería en París, adonde volvió después de ha-

ber recorrido la Francia, estudiado el mundo y decidido á prosperar á cualquier precio. En 1813 juzgó necesario justificar su edad y crearse un estado civil, obteniendo del tribunal de los Andelys un mandamiento, en virtud del cual se trasladó su fe de bautismo de los registros de la parroquia á los de la alcaldía, y allí obtuvo una rectificación, pidiendo que pusiesen el nombre de Tillet, bajo el cual era conocido. Sin padre ni madre ni otros tutores que los fiscales del Imperio, solo en el mundo, no debiendo nada á nadie, trató á la sociedad como á enemiga, viendo en ella una madrastra; no tenía otro consejero que su interés, y todos los recursos de hacer fortuna le parecían aceptables. Este normando, con disposiciones peligrosas, unía á su deseo de prosperar los graves defectos que se atribuyen generalmete á los naturales de su provincia. Con modales engañosos, disimulaba su carácter quisquilloso, porque era el más atrevido litigante; pero, si audazmente ponía en duda los derechos de cualquiera, jamás cedía lo más mínimo en su derecho; procuraba siempre ganar tiempo y fatigaba con su inflexible voluntad. Su principal mérito era como el de los criados de la antigua comedia: la fertilidad de recursos, destreza para orillar injusticias, prurito de apoderarse de lo que podía serle útil alguna vez. Por último pensaba aplicar á su indigencia la frase que el cura Terray aplicaba al Estado, sin perjuicio de convertirse después en hombre de bien. Dotado de una actividad excesiva, de una osadía militar para pe-

dir á todo el mundo lo mismo una buena que una mala acción, justificando su petición con la teoría del interés personal, despreciaba demasiado á los hombres creyéndoles á todos corruptibles; era muy poco escrupuloso en la elección de medios, pareciéndole todos buenos; sabiendo que los triunfos y el dinero consiguen la absolución del mecanismo moral, esperaba triunfar tarde ó temprano. Semejante hombre, colocado entre un presidio y los millones, debía de ser rencoroso, absoluto, rápido en sus determinaciones, pero astuto como Cromwell, que proyectaba decapitar la honradez. Sus proyectos estaban ocultos por un ingenio burlón y ligero. Modesto dependiente de perfumería, no puso límites á su ambición; había abarcado la sociedad con una mirada de odio diciéndose: « Tú serás mía. » Habíase prometido no casarse hasta los cuarenta años, y mantuvo su palabra. Físicamente, Fernando era un joven esbelto, de figura agradable y de maneras mixtas, que le permitían acomodarse según la necesidad al diapasón de todas las sociedades. Su rostro flaco agradaba á primera vista, pero luego, observándole, se sorprendían expresiones extrañas que se reflejan en la cara de las gentes mal avenidas consigo mismas ó cuya conciencia les remuerde en ciertas ocasiones. Su tez tenía un color repulsivo. La mirada de sus ojos blancos y con irisaciones de plata, era vaga, pero terrible cuando la dirigía persistente sobre su víctima. Su voz parecía apagada como la de un hombre que ha hablado mucho tiempo. Sus labios delgados no carecían de gracia; pero su nariz

puntiaguda, su frente ligeramente abotagada, descubrían un defecto de raza. En fin, sus cabellos, de un color semejante al de las pelucas teñidas de negro, indicaban un aspecto social que dejaba traducir la infamia de un gran señor libertino, la bajeza de una aldeana seducida, los rastros de una educación defectuosa y los vicios del abandono. Birotteau supo con la mayor sorpresa que su dependiente salía muy elegantemente vestido, que se retiraba muy tarde, que iba á los bailes de los banqueros ó de los notarios. Estas costumbres desagradaron á César: en su concepto, los dependientes debían estudiar los libros de la casa y pensar exclusivamente en su participación. El perfumista se extrañaba de estas bagatelas y reconvino dulcemente á de Tillet, porque llevaba ropa demasiado fina, porque tenía tarjetas sobre las cuales su nombre estaba impreso así: F. DE TILLET, costumbre que, según su jurisprudencia comercial, pertenecía á los hombres de mundo. Fernando había entrado en casa de este Orgon, con las intenciones de Tartufo: quiso enamorar á la mujer de César, procuró seducirla y juzgó á su principal como ella misma le juzgaba, pero descubriendo sus flaquezas con una prontitud espantosa. Aunque discreto y reservado, no diciendo sino lo que le convenía decir, de Tillet descubrió sus opiniones acerca de los hombres y la vida, de tal modo que fué el espanto de aquella mujer timorata, la cual participaba de las creencias de su marido y miraba como un crimen causar el más ligero daño al prójimo. A pesar de la habilidad con que la señora Birotteau disimulaba,

de Tillet adivinó el desprecio que por él sentía. Constanza, á quien Fernando había escrito algunas cartas amorosas, observó pronto un cambio en los modales de su dependiente, que la trató en adelante de manera oportuna para dar á entender que disimulaba intimidades y confianzas secretas. Sin enterar á su marido de los motivos que tenía, le aconsejó que despidiese á Fernando. Birotteau estaba de acuerdo con su mujer en este punto. Decidieron despedirle, y, tres días antes de comunicárselo, un sábado por la tarde, Birotteau hizo el arqueo mensual de su caja, y se descubrió un desfaldo de tres mil francos. Su consternación fué horrorosa, menos por la pérdida que por las sospechas que recaían sobre tres dependientes, una cocinera, un mozo de almacén y tres obreros más. ¿De quién sospechar? La señora Birotteau no abandonaba el escritorio. El dependiente encargado de la caja era un sobrino del señor Ragon llamado Popinot, joven de diez y ocho años que vivía con ellos, la honradez personificada. Sus cifras, en desacuerdo con la suma en caja, acusaban el déficit é indicaban que la sustracción había sido hecha después del balance. Los Birotteau resolvieron callarse y observar á todos en su casa.

Al día siguiente, domingo, recibieron á sus amigos. Las familias que componían esta especie de camarilla se agasajaban recíprocamente. Jugando á la berlanga, Roguin, el notario, puso sobre el tapete unos luises antiguos que la mujer de César había recibido algunos días antes de una recién casada, la señora de Espard.

— ¿Dónde los habéis apandado? dijo riendo el perfumista.

Roguin dijo que, jugando en casa de un banquero, había ganado aquellas monedas á de Tillet, quien confirmó lo dicho por el notario, sin ruborizarse. En cambio, el perfumista se puso colorado hasta las orejas. Acabada la tertulia, en el momento en que Fernando iba á acostarse, Birotteau le llamó á la tienda con el pretexto de hablar de negocios.

— De Tillet, le dijo, faltan tres mil francos en mi caja, y no puedo sospechar de nadie; la circunstancia de los antiguos luises os compromete demasiado, y no debemos dejar en pie la sospecha; es lo más prudente que no nos acostaremos, sin haber puesto en claro el error, porque, después de todo, esto no puede ser más que un error. Es posible que hayáis tomado alguna cantidad á cuenta de vuestros honorarios.

De Tillet dijo haber cogido, efectivamente, los luises. El perfumista miró su libro mayor; el anticipo de su dependiente no figuraba en él.

— Iba de prisa, debí hacer que lo anotase Popinot, dijo Fernando.

— Es cierto, dijo Birotteau desconcertado por la fría indiferencia del normando, que conocía bien á las bondadosas personas á cuya casa había ido con intención de hacer en ella fortuna.

El perfumista y su dependiente pasaron la noche en comprobaciones que el digno comerciante consideraba inútiles. Yendo y viniendo, César dejó caer en una ranura de la caja tres billetes de banco de

mil francos, y fingiendo una fatiga extenuada, hizo ver que se dormía, y hasta roncó. De Tillet le despertó triunfalmente, y, aparentando una satisfacción muy viva, le dijo que ya estaba aclarado el error. Al día siguiente Birotteau reprendió en presencia de los demás al joven Popinot y á Constanza, condenando su negligencia. Quince días después, Fernando de Tillet era dependiente de un bolsista. La perfumería no le convenía, según dijo, y consideraba preferible dedicarse á la banca. Saliendo de casa de Birotteau, de Tillet habló de la mujer de César de cierto modo, para dar á entender que su principal le había despedido por celos. Algunos meses después, de Tillet fué á ver á Birotteau, pidiéndole que le hiciera una fianza de veinte mil francos, á fin de completar las garantías que le pedían para tomar parte en una empresa que le pondría en el camino de la fortuna. Al notar la sorpresa de Birotteau ante tamaño atrevimiento, de Tillet frunció el entrecejo, preguntando si no tenía confianza en él. Matifat y dos agentes de negocios que estaban con Birotteau notaron la indignación del perfumista, que reprimió la cólera en su presencia. Acaso de Tillet sería de nuevo un hombre honrado, su falta pudo haber sido motivada por una mujer comprometida, ó por una intentona en el juego; la pública reprobación de un hombre honrado le podía lanzar en una vida de crímenes y desgracias, acaso en el momento en que se hallaba en camino de arrepentirse. Aquel santo varón tomó entonces la pluma y garantizó los pagarés de Tillet, diciéndole que prestaba muy gus-

toso ese pequeño servicio á un joven que le había sido tan útil. La sangre le subió al rostro al decir esa mentira oficiosa. De Tillet no resistió la mirada de aquel hombre, y le juró sin duda en el mismo instante un odio á muerte, como el que los ángeles de las tinieblas concibieron contra los ángeles de la luz. De Tillet supo guardar el equilibrio de tal modo, mientras danzaba en la cuerda tirante de las especulaciones financieras, que se mostró elegante y rico en apariencia, antes de serlo en realidad. Desde que tuvo un cabriolé, no se apeaba; se mantenía en la esfera elevada de las gentes que mezclan los placeres con los negocios, haciendo del vestíbulo de la Opera la sucursal de la Bolsa, los Turcarets de nuestro tiempo. Gracias á la señora Roguin, á quien conoció en casa de Birotteau, hizo pronto amistades con los banqueros más poderosos. Fernando de Tillet había llegado á una prosperidad verdadera. En muy buena inteligencia con la casa Nucingen, donde Roguin le había hecho admitir, se puso pronto en relaciones con los hermanos Keller, con la alta banca. Nadie sabía de dónde sacaba ese mozo los inmensos capitales que manejaba, pero atribuían su suerte á su inteligencia y á su honradez.

La Restauración convirtió en personaje á César, á quien, naturalmente, el torbellino de las crisis políticas hizo olvidar estos dos accidentes domésticos. La inmutabilidad de sus opiniones monárquicas, á las cuales había permanecido indiferente desde su herida, pero en las que había persistido por decoro,

el recuerdo de su adhesión en vendimiario, le valieron altas protecciones, precisamente porque no pedía nada. Le nombraron jefe de batallón en la guardia nacional, aunque era incapaz de repetir la más insignificante voz de mando. En 1815, Napoleón, siempre enemigo de Birotteau, le destituyó. Durante los Cien Días, Birotteau llegó á ser la pesadilla de los liberales de su barrio; porque sólo en 1815 empezaron las excisiones políticas entre los comerciantes, hasta entonces unánimes en sus deseos de tranquilidad, indispensable para los negocios. En la segunda Restauración, el gobierno del rey debió organizar el ayuntamiento. El prefecto quiso nombrar á Birotteau alcalde. Gracias á su mujer, el perfumista aceptó solamente la plaza de teniente alcalde, que le ponía menos en evidencia. Esta modestia aumentó mucho la estimación en que se le tenía y le valió la amistad del alcalde señor Flamet de la Billardière. Birotteau, que le había visto en *la Reina de las Rosas* cuando la tienda servía de punto de reunión á los conspiradores, le designó él mismo al prefecto del Sena, que le había pedido parecer en la elección. Los señores Birotteau recibieron siempre las invitaciones del alcalde para toda clase de fiestas. En fin, la mujer de César estuvo muchas veces en las mesas de petitorio de la iglesia de San Roque, entre ilustres y elegantes damas. La Billardière sirvió con gran interés á Birotteau cuando llegó el caso de distribuir en el ayuntamiento las condecoraciones concedidas, recordando la herida recibida en San Roque, su

afección á los Borbones y la consideración de que gozaba. El ministerio que se proponía, prodigando bastante la cruz de la Legión de honor para destruir la obra de Napoleón, crearse adictos y atraer al partido de los Borbones á los diferentes comercios, á los hombres de artes y de ciencias, incluyó á Birotteau en la próxima promoción. Este favor, en armonía con la importancia de Birotteau en su barrio, le colocó en una situación en la cual debieron exaltarse las ideas de un hombre á quien hasta entonces todo le había sido favorable. La noticia de su nombramiento que el alcalde le había dado fué lo que decidió al perfumista á lanzarse en la especulación que acababa de explicar á su mujer, á fin de abandonar lo más pronto posible la perfumería y elevarse á las altas regiones de la burguesía de París.

César tenía entonces cuarenta años. Los trabajos á los cuales se entregaba en su fábrica le habían valido algunas arrugas prematuras y habían encañecido ligeramente su larga y espesa cabellera en la que la presión del sombrero dejaba un círculo brillante. Su frente, sobre la cual sus cabellos formaban cinco ondas, indicaba la sencillez de su vida. Sus pobladas cejas no le afeaban en nada, porque sus ojos azules se armonizaban por su clara mirada, siempre franca, con su frente de hombre de bien. Su nariz, chata en su nacimiento y gorda en la punta, le daba la expresión de sorpresa de los papamoscas de París. Sus labios eran muy abultados, y su barba recta. Su cara, muy colorada